

La noción aristotélica de *prépon* según *Retórica III 7*¹

Graciela M. Chichi

Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales,
Universidad Nacional de La Plata
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas
Argentina

“El modo de decir logrará lo adecuado [*tò de prépon*] siempre que sea no solo emotivo sino que también [dé signos] del carácter y guarde proporción con los asuntos que fundan [el discurso]” (*Retórica III 7*, 1408a10-11).² Así Aristóteles introduce una cuestión sobre el modo de decir (*léxis*) que estaba pendiente analizar desde el comienzo del tercer libro, cuando se dice que lo *adecuado* es marca definitoria de la virtud de la claridad (*saphê*) en el discurso (*Retórica III 2*, 1404b4). En el séptimo capítulo entran en juego modos adecuados de decir en puntual atención a tres referencias, dos de las cuales tendrían cierto efecto e impacto dudoso entre los oyentes por lo cual Aristóteles habla del paralogismo de los oyentes (1408a20-27 y 1408a30-36), lo cual será menester explicar. Defiendo que el modo *adecuado* de decir pertenece a una reflexión de segundo nivel, aquella que se plantea cómo decir eficazmente el discurso para que este despierte convicción entre los oyentes; sería resultado de haber recogido, no solo mediante palabras sino en virtud de la capacidad expresiva del propio lenguaje del orador y gracias a ella, tres famosas referencias que en *Retórica I 2* Aristóteles llamó persuasiones conforme al arte. En materia de antecedentes sugiero la cercanía con el antiguo planteo pitagórico de la *mímesis* como expresión y representación de las emociones y de los caracteres, atestiguado en pasajes platónicos del *Ión*, de *Leyes* y de *República*.

1 Una primera versión sobre el tema se tituló “El modo adecuado de decir y la relevancia estilística (Aristóteles, *Retórica III 7*)”, *Actas VI Jornadas de Investigación en Filosofía para Profesores, Graduados y Alumnos 2006*, T. 1, 55-64, Departamento de Filosofía, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata (Argentina).

2 Las traducciones del griego me pertenecen.

La antesala de la cuestión

Entre los rasgos que caracterizan uno de los principios de la crítica literaria, W. J. Verdenius (1983, p. 53) identifica la correspondencia –“correspondence”, en inglés– entre el tema de la literatura y su representación artística, advirtiéndose además que en la literatura arcaica no habría habido una distinción neta entre la belleza formal de un discurso y la solidez de sus contenidos. La habilidad de un orador y de un rapsoda se mostraba por entonces en la forma y en el contenido a la vez (1953, p. 25). Mientras tanto, en el siglo V un nuevo vocablo, *prépo*, vino a denotar la correspondencia artística. Píndaro, por ejemplo, califica con él la intención artística manifiesta en la combinación de la música y el orden de las palabras. Entre los testimonios más antiguos de este principio en retórica se cuenta el aristotélico (Verdenius, 1983, nota 184). Como veremos, se trata de la factura de cierto modo de hablar que ejecuta las capacidades expresivas del lenguaje, junto al hecho de tener efecto en los oyentes. Sobre la recepción añado las referencias más importantes, a saber, la versión latina a partir de Horacio y entre los griegos, con Panesio de Rodas en particular, alcanzó la profundidad estética y ética posteriormente reconocida (Kroll, 1940, p. 1939, columna 1085.1-5). No hay que olvidar que el escrito del pseudo-Longino, de influencia platónica, es una transfiguración del capítulo aristotélico (Morpurgo-Tagliabue, 1967, p. 213).

La cuestión que nos ocupa pertenece entonces al capítulo de la *léxis*. Aparece primero en el tratamiento de la claridad (*saphê*) (Kroll, 1939, columna 1072.68). La variante lexical *prepoûsa*³ define como sigue la expresión clara:

(...) Signo de esto es que si el discurso no muestra algo no cumple su función; [por eso la expresión] no [debe ser] vulgar pero tampoco excederse de lo exigido sino adecuada [*prepoûsa*]; la poética no es vulgar pero tampoco adecuada al discurso. (*Ret.* III 2, 1404b4)

El discurso es claro cuando el *lógos* muestra o señala algo (*deloî*, 1404b3). Lo claro se cumple con la función denotativa y declarativa del lenguaje (Halliwell, 1993, p. 52) o en su defecto con el nivel más modesto del significar algo identificable para hablante y oyente, que Aristóteles otra vez anunciaba con el *prosemáinein* (véanse *De Interpretatione* 4 y *Metafísica* IV, 1062a12-16, entre otros),

3 La voz *prepoûsa* viene del verbo *prépo*, cuya primera acepción es “destacarse, distinguirse por su apariencia” y derivados; en la segunda significa “tener cierta relación o convenir, ser apropiado con”, aún en formas de participio atestiguadas en Platón (Bailly, 1950, p. 1619). En *Retórica* III 7 aparece el participio neutro singular en la segunda acepción.

en oposición a significados menos usuales y a efectos perlocucionarios (Rapp –Flashar, Ed., 2002, pp. 829-830). El pasaje citado del tercer libro de *Retórica* admite que el modo claro de hablar (1404b31) recorta una zona intermedia una vez descartadas las voces vulgares pero también las adornadas y las extrañas, propias de la expresión poética (1404b7-15). El modo poético de hablar prefiere lo grande a lo que aquí se dice adecuado (b31). Los discursos sencillos se valen, en cambio, de lo específico, de lo familiar (*oikeía*) y de las metáforas empleadas por todos (1414b31-33). El uso común de hablar contiene, entonces, la reserva de expresiones adecuadas. Acaso los sentidos mostrados por el discurso claro tengan referencia a hechos o a estados de cosas (*prágmata*), sobre los que atiende la prueba de la oratoria tribunalicia (I 1, 1354a28).⁴ El tercer libro lo ratifica cuando Aristóteles dice que no se busca disgustar ni regocijar sino lo justo, que consiste en debatir sobre *prágmata*, dado que cualquier otra cosa fuera de demostrarlos es superfluo. No obstante, las cuestiones accesorias tienen gran poder debido a la penosa condición del auditorio que solo logra reparar en ellas (III 1, 1404a4-8). Además, mientras que lo relativo a la expresión tiene un papel menor en cualquier enseñanza, para mostrar algo incide que se hable de un modo o de otro, y justamente es una cuestión relativa a los oyentes que las cosas se manifiesten de diferente manera (1404a9-12). En base a consideraciones sobre el destinatario del discurso se introduce la reflexión sobre la *léxis*, concepto este que fue interpretado bajo la noción tardía de estilo (Racionero, 1990) o de mera forma de la expresión (Halliwell, 1993). Casi al final de su tratamiento de la *léxis* Aristóteles insiste en el hecho de que el modo *claro* de decir “no es vulgar sino adecuado” (III 12, 1414b24-25), esta vez cuando se deja de lado lo conciso pero también el hablar demasiado, tal como se aconseja en los discursos políticos en los cuales las exactitudes son superfluas (1414a8-11). La claridad es ciertamente virtud consistente en adecuarse al medio (1414a15).⁵ Hasta aquí lo claro como adecuación al medio consiste en expresar algo medio entre dos extremos igualmente rechazables: la expresión clara no es adornada pero tampoco banal, ni muy precisa en sus detalles pero tampoco sintética. Contamos pues con dos sentidos de adecuado –en alemán “angemessen”–, a saber, uno en relación

4 Por su lado, Halliwell identifica a esa altura la verdad como correspondencia con el asunto (1993, p. 52).

5 El estudio de Huseman (1970, p. 118 en adelante) identifica el papel de la doctrina ética del medio en la reflexión aristotélica del estilo. Un pasaje en este sentido de medio en referencia al carácter de la edad madura muestra el uso de *prépon* equiparable a *harmóton* (“ajustado”) y *symmetron* (“proporcionado”) en *Retórica* II 14, 1390b1, b8. Vale añadir que la filiación aristotélica de las cuatro virtudes ciceronianas (corrección, claridad, adorno y conveniencia, *De oratore* III 37) ha sido afirmada por Cope y Sandys (1877), pero hoy día se discute (Rapp –Flashar, Ed., 2002, Vol. II, pp. 821-822).

a un medio, como acabamos de repasar, y el segundo, tal como lo tradujo Verdenius, como correspondencia –“Entsprechung” en alemán–, que es tema de *Retórica* III 7 (Rapp –Flashar, Ed.–, 2002, pp. 824-825), del que nos ocuparemos a continuación.

Las especies del modo adecuado de decir

El modo de decir logrará lo adecuado siempre que [aquel] no solo sea emotivo sino también [dé signos] del carácter y guarde proporción con los asuntos referidos [en el discurso]. (*Ret.* III 7, 1408a10-11)

Seguido a la cita Aristóteles ilustra esa tercera referencia, que se dice en griego *análogon* y traduje como “guarde proporción”, con la idea de modo proporcionado, con ejemplos negativos:

(...) cuando no se hable groseramente de cosas profundas, ni solemnemente de cosas vulgares, ni se hubiese puesto adorno en un nombre vulgar, porque, si no, parece comedia como hace Cleofonte, quien decía algo de eso como si dijera “venerable higuera”. (1408a11-16)

Los ejemplos admiten indirectamente entonces que el modo adecuado proporcionado consiste precisamente en guardar cierta relación con la materia de la que hablamos (1408a10-11). Lo adecuado o apropiado –en inglés, “appropriate”– consiste en vincular el modo de expresarnos y las voces que usamos para hablar acerca del asunto, que tomo por el segundo relato. Y mientras que la presentación general de nuestra primera cita habla de hechos referidos (*tois hypokeiménois prágmasin*, 1408a10-11),⁶ los ejemplos de la segunda cita admiten que ese segundo relato tiene una polaridad, por así decir: lo profundo o solemne, lo vulgar o nimio. Esta idea había aparecido cuando Aristóteles habló de los epítetos y de las metáforas, recursos estos que son adecuados en tanto derivan también de lo proporcionado (*ek tou analógou*). La idea era que los contrarios son más notorios cuando aparecen enfrentados (III 2, 1405a10-13). Volviendo a nuestro texto entonces, se trata de que el modo de hablar guarde relación con el asunto como es hablar seriamente de lo importante, y sencillamente de cosas nimias o vulgares.⁷ “Aristóteles recomienda no adosar un epíteto ornamental (áulico por tradición) a una palabra modesta. Habrá cierta incompatibilidad entre un atributo grandilocuente y un sujeto humilde. El ejemplo es ‘soberano árbol de higo’. Un par semejante

6 En alemán: “dem zugrunde liegenden Gegenstand entsprechend” (Rapp –Flashar, Ed.–, 2002, p. 861).

7 Ricoeur (1996, p. 56) señalaba que la proporción como conveniencia con su tema marca diferencias entre la prosa y la poesía.

produce efecto cómico. Pero no olvidamos que el atributo que resulta decorativo y grandilocuente, esto es, el epíteto, no es una palabra común usada en un modo gramaticalmente no común; propiamente produce un efecto desconcertante cuando está asociada a una palabra de uso corriente. Añadimos que el ejemplo aristotélico que quiere ser un ejemplo típico no podría haber sido peor elegido: confirma cómo Aristóteles habría perdido completamente el sentido mítico, sacral, de la poesía griega. Semejante asociación no tiene para nosotros nada de cómico: la planta de higo había sido el regalo verdaderamente real, soberano, de Deméter al héroe Pitalo que la había hospedado en la búsqueda de Perséfone. El testimonio de Pausanias lo recuerda (I, 37, 2)” (Morpurgo-Tagliabue, 1967, nota 13, pp. 172-173).⁸

El modo *emotivo* de hablar plantea por su parte cierta expresividad en atención a los hechos o materias de las que se habla. Así recomienda:

cuando haya ultraje [*hybris*], que la expresión sea propia del que se encoleriza; si hay cuestiones impías y vergonzosas, hablar como el indignado y precavido; mientras que si [hay cuestiones] elogiabiles, hablar con admiración, y si despierta compasión, decirlo turbadamente, y así en casos semejantes. (*Ret.* III 7, 1408a16-19)

Aristóteles tiene presente en tales casos situaciones que lindan con el vicio o con la virtud humanos: ultraje, impiedad, cuestiones dignas de elogio y de lástima. De aquí entonces que cierta coloratura moral identifique el asunto del discurso, en atención a lo cual recomienda –con imperativos en algunos casos– que el orador reproduzca el modo de hablar de quien experimenta la emoción (positiva o negativa), y otra vez, a mi entender, ello se mantiene en línea con el asunto en cuestión. No se le escapa, además, describir la recepción de la expresión emotiva. Así se dice:

La expresión familiar hace verosímil el asunto; pero el alma se equivoca pues [al pensar] que [es la expresión] del que habla con verdad, que en tales casos suceden así como creen [ellos los oyentes], pero si no sucede como dice el que habla, que las cosas ocurren así, también el oyente acompaña con la misma emoción siempre al que habla emotivamente, aunque no diga nada [verdadero]. Por eso muchos que hacen ruido causan estupor entre los oyentes. (*Ret.* 1408a20-27)

Quien escucha siempre considera verosímil el asunto, independientemente de cómo sea en verdad, porque el orador recurre a prototipos, también lingüísticos, que reflejan determinadas emociones, que los oyentes por su parte experimentan asociadas con determinados hechos. Por eso es suficien-

8 La traducción del italiano es mía.

te provocar ruido para impactarlos. Los oyentes creerán equivocadamente (*paralogizetai*) que las cosas ocurren como las pintara el orador, aunque ni siquiera dijera la verdad. El error consiste en tomar por verdadera la expresión de la emoción, la cual funciona como signo de las cosas.⁹ Otra vez vuelve a la idea de que la sintonía emotiva con el auditorio lleva a que este llegue a consentirle al orador palabras extrañas o incorrectas, tan frecuentes en nuestra expresión emotiva, en lugar del uso común. El modo emotivo es, como se sabe, propio de la poesía. El pasaje dice:

Las palabras compuestas, epítetos y expresiones extrañas se adecuan a la expresión emotiva, porque hablar mal, cometer solecismos, responde al colérico; y lo mismo cuando se haya captado a los oyentes y estén entusiasmados, con elogios, censuras, cólera o amistad, tal como hace Isócrates en el panegírico (...) pues al estar entusiasmados se prefieren tales cosas, de modo que es claro que [los oyentes] las acepten porque están así predispuestos. Por lo cual también se adecuará a la poesía porque la poesía es *éntheon*. Y se debe usar así o con ironía, como hizo Gorgias y las expresiones en el *Fedro*. (*Ret.* 1408b9-20)

La tercera referencia descansa en el hecho de que la expresión adecuada *dé cuenta del carácter*, toda vez que recurra a palabras y a giros familiares para el auditorio, aquellos que corresponden a cada modo de ser o tipo humano representable hasta en sus mínimos rasgos. La cita dice:

Y la que señala a partir de signos es también [expresiva] del carácter, porque la que se adecua [*harmóttousa*] sigue a cada género y a cada modo de ser (...) respectivamente. Y digo género de acuerdo a edad tal como niño, varón o anciano, mujer o varón, lacedemonio o tesalio; o modo de ser cuando se es de tal clase por su vida, aunque la recíproca no se cumpla porque hay edades que no alcanzan para definir modos de ser. Por cierto, si también se dice los nombres familiares al modo de ser, también representará el carácter [correspondiente a ese modo de ser], porque no es idéntico ni del mismo modo si hablara como el rústico y como el instruido. Y los oyentes experimentan algo y también ante aquello que los logógrafos usan formulariamente, como “quién no lo sabe” o “todos lo saben”: pues el oyente acuerda avergonzándose porque no participa de aquello que todos saben.¹⁰ (*Ret.* 1408a25-36)

Del mismo modo, los oyentes creen y acuerdan en base al modo de hablar que en los hechos se daría lo que correspondiese al carácter representado. Otro caso de inadecuación que Aristóteles

9 Racionero identifica allí el paralogsimo de la consecuencia o del signo (véanse *Ret.* II 24, *Poética* 24 y *Refutaciones Sofísticas* 5), según los cuales se toma una relación por necesaria (*tekmérion*) cuando es probable (*semeíon*). La dificultad es, sin embargo, que en *Ret.* III 7 lo paralogsímico tiene valor negativo (1990, p. 514, nota 115). Racionero encuentra atenuante al suponer que Aristóteles todavía no disponía doctrina de la probabilidad. La descripción de Cope y Sandys (1877, *ad Ret.* III 7, 3) es que lo falaz consiste en argüir a partir de la verdad del bosquejo la verdad del hecho afirmado. Rapp, en cambio, identifica un efecto musical simpático del discurso emocional, efecto de las especies de tonos en la *Política* VIII 5, 1340a38-b10 (Flashar, Ed., 2002, pp. 861-862); y descarta el rol del tratamiento técnico de las emociones. Otros consideran *Poética* 17, 1455a31, donde el poeta coordina sus emociones con las de los oyentes, por lo cual la poesía es de una buena naturaleza o de un loco (*maniakós*). Volveré al punto en la tercera sección.

10 Rapp destaca que no es una falacia sino un argumento que apela al signo (Flashar, Ed., 2002, p. 863).

encuentra más inconveniente (*aprepésteron*) en la poesía consistiría en identificar a un esclavo o alguien muy joven mediante el recurso de valerse de bellas palabras para referirse a cosas insignificantes (III 2, 1404b14-15).

Las últimas precisiones sugieren que no habría habido en juego explicación de un mismo fenómeno sino recursos alternativos sobre especies, cuyo uso mejora en la ocasión propicia. Cito:

Pero usar oportunamente o no oportunamente es común a todas las especies [descriptas]. Y ante cualquier abuso un remedio es algo repetido: pues conviene adelantar la crítica a uno mismo, porque parece ser verdadera, dado que no oculta al menos lo que el hablante hace. Además [conviene] no usar simultáneamente todos los recursos por lo proporcionado, pues así se le escapa al oyente. Y digo por ejemplo si las palabras fuesen duras, [no servirse] de las cosas proporcionadas en la voz y en el rostro, pero si no [sucede así], resulta notorio. Pero si se da una cosa y otra, pasa desapercibido haciendo lo mismo. En cambio, si se dijera cosas dulces rudamente y cosas rudas dulcemente, no llega a ser creíble. (*Ret.* 1408b1-11)

Aristóteles desestima por razones de eficacia, esto es, por su efecto en los oyentes, el acumular recursos expresivos para dar con lo que cupiera al asunto, por ejemplo, que la rudeza de un hecho se acentúe con el tono de voz y con los gestos, dado que importa la representación (*hypókrisis*) corporal. Al parecer, Teofrasto descartaba la mímica en los gestos y recomendaba lo *prépon* (Kroll, 1939, columna 1075.30-34). Aristóteles advierte además no caer en el mensaje contrario: porque se expresara dulcemente lo grave, tal como en la primera cita del séptimo capítulo.

Ahora bien, cuando se ocupa de las partes del discurso, Aristóteles admite que la narración es también expresiva del carácter, cuando hiciera evidente la intención, tal como lo hacen los diálogos socráticos pero nunca los discursos matemáticos (III 16, 1417a16-21). Aristóteles llega a recoger así comportamientos gestuales identificables para todos con tipos tales como el rudo, el temerario, el educado, etc. Otra vez dice que la narración expresa, por su parte, las pasiones, cuando recogiera consecuencias de estas en rasgos gestuales que todo el mundo conoce, por ejemplo: “se marchó después de mirarme sombríamente” como expresión de desprecio; o decir que el personaje se tapó la cara con las manos para expresar dolor o irrumpir en llanto (III 16, 1417a37-b2). “Todo esto es convincente (*pithaná*) porque se convierte en símbolos reconocidos de cosas que no se saben” (1417b2-3). Otra vez está la cuestión de disimular expresiones semejantes que compara puntualmente con mensajeros (14017b8-10). Hasta aquí el muestreo de la fuente de la cuestión. Los estudiosos del texto aristotélico identifican a esa altura procesos de expresividad estilística de

la emoción y del carácter, que estarían exentos de dimensiones formales (Halliwell, 1993, pp. 61, 63 y 64). Al punto ponderan como una molestia haber incluido un nuevo tipo para la correspondencia (2002, p. 860). A juicio de Morpurgo-Tagliabue (1967, pp. 208-210) nuestra fuente trata del “movere” bajo el aspecto de la *léxis* del carácter y de la *léxis* de la emoción, y esta precede a la primera, al contrario de lo que sucede en los dos primeros libros del escrito. “Estilo expresivo y estilo poético son dos cosas distintas. Contrariamente al punto de vista romántico o postromántico, Aristóteles considera lenguaje legítimamente expresivo el usado por el orador, que debe convencer no solo demostrando sino también conmoviendo (*Ret.* I 2, II 1, III 7), pero no piensa lo mismo del lenguaje poético. El orador habla en primera persona, y así transmite el propio sentimiento (auténtico o simulado cual fuere) a los oyentes presentes. En el lenguaje trágico y épico (al cual Aristóteles se limita), al contrario, el poeta no interviene (*Poética* 1460a7). Los mismos elementos lexicales pueden entrar en el discurso del orador y del poeta, pero a aquel le interesan por su expresividad, a este por su eminencia” (Morpurgo-Tagliabue, 1967, p. 213).¹¹

Cuestiones especiales

Llegados a este punto veamos cómo se relacionan las tres condiciones o especies del modo apropiado de hablar, y qué aportan sobre la verdad del discurso eficazmente *persuasivo*. El recurso a expresar lo familiar en la emoción torna verosímil el asunto pero a costa de sembrar una apreciación errónea sobre los propios hechos. Teniendo presente dos pasajes (1408a20-27; 1408a30-36) se ha entendido este error como “el paralogismo de la consecuencia” (Racionero, 1990, p. 514, nota 115). Los oyentes considerarían esto verosímil en la medida en que entra en juego determinada suposición según la cual hechos y expresión de pasiones estén relacionados como causa y efecto, respectivamente, de modo tal que el error consiste en inferir de estos aquellos. Aristóteles llama a la expresión del carácter “la que enseña o alude mediante signos” porque “esta [la dicción o expresión] sigue [al modo de vida], cuando se adapta o corresponde con el género o condición de cada uno” (1408a25-27). Sin embargo, no todo modo de ser pertenece a determinado modo de vida. Aristóteles criticaría inferir un modo de vida (esto es, un hecho) de un mero modo de decir o de presentarse la condición de esa persona, su signo. Un famoso ejemplo que ilustra la falacia de

¹¹ El estudioso italiano se detiene en los pormenores del tratamiento en *Poética* (17, 1455a31-33; 19, 1456a37), y las diferencias con el tratamiento de pseudo-Longino en *Sublime* (1967, pp. 213-215).

la “falsa causa” sirve para criticar que inframos la condición de adulterio (determinado hábito) de signos tales como salir de noche y de acicalarse (*Refutaciones Sofísticas* 5, 167b1-12). Otro tanto suma el pasaje de *Poética* 24, que plantea la apariencia pordiosera de Odiseo. La mera expresión no alcanza para retratar un conjunto de actos o identificar un tipo o una clase.

Ahora bien, si cupiera dudar de la legitimidad de los medios emotivos que pone en obra el fenómeno estudiado, por el hecho de que en tales casos tuviéramos expresiones adecuadas, verosímiles pero falsas, tal como se desprende de algunas lecturas, no sería menos cierto que el requisito de la verdad dejase de ser significativo en el contexto de la representación poética o de la ficción en general, en cuyo caso contaría que los oyentes crean la cuestión tal y como convenga para el caso, sin desatender a la representación expresiva y gestual de los personajes identificables por sus emociones y expresiones particularísimas. Además contaría que el oyente creyera o considerase verosímiles los hechos, esto es, que por los signos de la capacidad expresiva del orador, el espectador o lector efectivamente pensase que las cosas fuesen así como se dijera en tales casos. Y Aristóteles recordaba la representación poética al comienzo del tercer libro (III 2). Queda por tocar otras dos cuestiones.

Cabe preguntarse también qué son los *prâgma/prâgmata* de la presentación inicial.¹² Si fuera importante la diferencia en número en la expresión que examino (III 7, 1408a10, 22 sobre el plural y línea 20 en singular), subrayo que el plural *hypokeímena prâgmata* tuvo que ver con elementos o propuestas disponibles para el orador en distintos grados positivos de calidad y de credibilidad, esto es, en su capacidad de elegir verdades y propuestas –entendiendo– mejores que otras (*Retórica* I 1, 1355a36-38).¹³ Se dice al punto que cabe por eso reprochar al orador que haya reparado en falseda-

12 “La expresión será adecuada siempre que exprese las pasiones, los caracteres y guarde analogía con los hechos establecidos” (Racionero, 1990, pp. 512-513, nota 112). Por “hechos establecidos” o “hechos sustantivos denotados” Racionero entiende uno de los tres *aspectos denotativos* del discurso referidos todos a su propia materia (que alcanza *prâgma, êthos* y *páthos*). El rol del capítulo alcanzaría la cuestión general acerca de que las pasiones y las emociones hubiesen quedado allí junto con el *prâgma* reducidas a un *cuero de enunciados* o *pruebas retóricas* que sería el punto de enlace para reunir los libros I-II y el III, que se cristalizará más tarde para Racionero en *Ret.* I, cap. 2. Un primer análisis sobre elementos formales de la adecuación de la *léxis* comprometía ya virtudes y vicios (*Ret.* III, caps. 2-6), que por su parte señalan los aspectos “connotativos” de la expresión. La dimensión denotativa del *prépon* –o *prépon* interno según Lausberg– integra, pues, para Racionero adecuación con hechos, la capacidad del discurso para expresar las pasiones que nacen de los hechos relatados y que los oyentes comparten con el que habla y finalmente la capacidad del discurso para denotar también el carácter del que habla o de su interlocutor, cuando rescata lo dicho al inicio sobre la persuasión “mediante el carácter” (*Ret.* I 2, 1356a5). Esta presentación de la *léxis como signo* en *Ret.* III 7 es “matización” del anterior planteo sobre el nombrar como *mimesis*, y por esto también punto de partida de una concepción del lenguaje como *symbolon* que será tema del *Peri Hermeneías* (Racionero, 1990, p. 513, nota 112).

13 “Los asuntos disponibles para el orador no siempre se manifiestan igual sino que, hablando simplemente, las

des y en propuestas peores o injustas para argumentar sobre una cuestión (I 1, 1355a23-24). El giro resulta equiparable a los usos de *hypárjonta* (II 22, 1396b1-2, 1396b5-11, en línea con *hypárjonta pithaná* de I 2, 1355b10-11) que resaltan aquellas premisas integrantes de la propia argumentación porque fuesen pertinentes para el caso, en el sentido de lo que hoy día se llama relevancia probativa. El uso plural figura en la parte que corresponde a la narración (III 16). El uso singular señala, por su parte, la incumbencia temática de cada disciplina (*perì tò autèi hypokeímenon*), por lo cual se enseña y persuade al respecto, tanto como las expresiones en plural (*Retórica* I 2, 1355b28-29). La incumbencia de la dialéctica y de la retórica no tienen, en contraste, género determinado sino aquello que despierta persuasión acerca de lo dado (1355b34-35).¹⁴ En línea con esto se había señalado el papel de ciertas propuestas (*protáseis*) que no hacen más sabio a alguien en un género porque no pertenecen a ningún asunto o sustrato (*perì oudèn gàr hypokeímenón estin*, *Retórica* I 2, 1358a22) en el sentido de campo determinado de objetos, tal como seríamos entendidos en lo natural o en cuestiones referidas a lo ético. Se debate acerca de la función de esas propuestas en el conjunto de la presentación aristotélica. Ahora bien, en el caso de que la expresión comprometa algo singular, cabe suponer entonces el sentido de asunto o materia de la que se ocupa un argumento, como se dijo al comienzo del escrito: si el hecho objeto de prueba y por el cual se intenta despertar persuasión en otros tuvo o no lugar (I 1, 1354a27-28). A continuación presento consideraciones sobre la base de las cuales planteo una hipótesis sobre la noción de *prépon*.

El modo adecuado de decir como reflexión de segundo nivel acerca de cómo decir eficazmente el discurso

Si equiparásemos lo adecuado o conveniente con un blanco a apuntar por el orador, se consideraría que el modo adecuado de hablar o decir sería –entendiendo– resultado del hecho de que quien habla se hubiese propuesto valerse de la capacidad expresiva del lenguaje y del propio modo de hablar a fin de lograr guardar cierta relación unívoca, por así decir, y no contraria, con variantes de esas tres referencias que Aristóteles llamó “persuaciones conforme al arte” al comienzo de la obra (I 2, 1356a1-16). La única diferencia terminológica entre esos dos pasajes es que a esta altura del escrito

verdades y lo óptimo por naturaleza son más fáciles de argumentar y mejores para suscitar convencimiento que otros casos” (*Ret.* I 1, 1355a36-38).

14 El sentido de *hypokeímenon* es equiparable a *génos* de *Metafísica* VI 1, 1025b8-10.

aristotélico figura la voz *lógos* y en nuestro séptimo capítulo la voz *prâgma*. El modo de hablar adecuado es, tal como lo entiendo, resultado de una etapa o nivel posterior propio de una reflexión, en la que cuenta para el orador el hecho de que sus palabras resulten proporcionadas, ajustadas, primero y sobre todo, en referencia a la importancia del asunto, de modo tal de poder llegar a ajustar en el mismo sentido –de aquí que se hable de proporcionado (*análogon*)– lo que se dice y cómo se lo dice. Y en caso de querer resaltar oposiciones, su modo de decir será entonces cómico, como dice Aristóteles, o bien irónico agregamos, en el sentido latino. Cuenta además llegar a expresar el estado de ánimo que hubiese correspondido con la calificación del hecho, y finalmente haber elegido la expresión relacionada con la condición y el origen del tipo humano involucrado en el caso. Mantener o conservar cierta relación que se dice en griego *análogon* juega tácitamente para las dos primeras instancias, tanto como es expreso para la tercera (*análogon, harmóttousin* 1408b7, 12, 19). Y el presente tratamiento comparte con cualquier enfoque práctico la cuestión de dirimir, por razones de eficacia, el uso relativo a contexto de valerse de variaciones de tono y de recursos gestuales.

Ahora bien, mi hipótesis acerca de que la determinación de lo *prépon* comprometa un segundo nivel de reflexión sobre datos ya disponibles con la propia capacidad de expresión del orador ha considerado las siguientes preguntas a modo de indicios. Sobre los casos de la expresión denotativa de hechos, como la llama Racionero, cabe preguntarse cómo se establece una correspondencia o la misma relación, como pienso, con el modo de hablar solemne o grave, si no se sabe antes que el hecho es por caso solemne o grave. Lo mismo vale a la hora de resaltar oposiciones: ¿cómo apuntar a lo contrario para provocar risa, burla, parodia o ironía sobre determinada cuestión, si no se conoce ya el tono serio o adecuado para hablar propiamente? ¿Cómo expresar la emoción pertinente para el caso, si no contamos ya de algún modo con que ese hecho nos provoca determinado estado de ánimo, placentero o penoso, por ejemplo, cómo mostrarnos indignados, si no pensamos que estamos ante una situación grave? Lo mismo vale si no quisiéramos mostrarnos tan irritados o manifestarnos airados, llenos de admiración o humildes cuando lo requiera la situación. ¿Cómo identificar la expresión que convenga a la condición de la persona a representar, si no se tuviese en cuenta qué valor tendrá el asunto para ella y cómo se expresará esa situación?

En suma, pienso que solo si alguien se plantea cómo decir en determinada situación aquello que

ya se tenga para decir, solo entonces encontrará tonos, gestos y emociones relacionadas, por eso, justas, armónicas, adecuadas, para decir lo que tenga que decir. Atento a esto advierto, no obstante, que en un plano general podría resultar tal vez conducente plantear oposición entre la expresión adecuada, por un lado, y sus tres referencias por igual, por el otro, *mediante la oposición entre el cómo decir al qué decir, respectivamente*, tensión que Aristóteles afirma en la *Retórica* como *léxis* y *diánoia* (*Ret.* III 1, 1403b15-17).¹⁵ Con todo, puestos/as ya en situación de expresar una de las tres especies, a la hora de buscar por caso sintonía con emociones, deberíamos igualmente tener claro ese estado emotivo a representar, en el mismo sentido en que uno/a se plantee tener que calificar o evaluar determinado hecho como bello, justo o elogiado, para nombrar tres de las categorías principales de los discursos persuasivos. No pienso entonces que la cuestión del séptimo capítulo del tercer libro quede zanjada en términos de oponer forma y contenido, o alguna de sus variantes (estilo y sentido),¹⁶ por el hecho de aducir que los modos expresivos de pasiones o de caracteres fuesen representados como meros modos o formas de expresar el discurso sobre hechos, estos sí sustantivos porque solo estos representen contenidos en cualquier caso. Pienso además que en los tres niveles de la reflexión sobre el modo adecuado de decir habría por igual en juego alguna consideración general y previa sobre cómo decir lo que se tenga para decir, como cuestión si se quiere estratégica para plantearse uno/a como orador/a las mejores elecciones para hablar del caso. Insisto entonces en la salvedad: aquello que se tenga para decir siempre comprometería y no dejaría de incluir como genuinos contenidos cierta representación de determinada emoción y cierta representación intersubjetiva o por todos admitida, convencionalmente, de determinado carácter a expresar, involucrados ambos con el hecho en cuestión.

La cuestión de los antecedentes

Seguidamente reseño las tesis de los estudiosos acerca de los antecedentes de *prépon*. Si Aristóteles hubiese reparado en algo conocido, siempre está apelar a la enseñanza platónica, que se identifica por recurso a la mediación latina. Se acuerda entonces que nuestra noción ha sido equiparada con las categorías latinas de *aptum*, *accomodatum* y de *decorum* (Racionero, 1990, p. 486, nota 25).

15 Laks reduce la conveniencia al punto de vista analógico que cubre la *léxis*, que es relación proporcional con los hechos (1994, nota 50).

16 Tampoco para Halliwell (1993, p. 60). La “appropriateness” atañe a la emoción y al carácter (pp. 61 y 63).

Vinculada, en un caso, con la noción ciceroniana de *decorum*, hay quienes han rastreado su fuente en la famosa digresión sobre el arte de la medida del *Político*, cuando Platón explica el criterio –platónico– de la política y de aquellas artes que no traducen a número su medida (Trimpi, 1993). Para ponderar bondad y belleza de las acciones humanas y de las producciones artísticas cuenta un parámetro absoluto: el justo medio (*métrion*) en el sentido de lo *prépon* (lo conveniente), lo oportuno, lo necesario y todo cuanto está alejado de los extremos,¹⁷ que compromete exceso y defecto, pero cuya relación recíproca atienden, por su parte, aquellas otras habilidades que están sujetas a exactitud numérica (*Pol.* 283d-285a). Ahora bien, si la cuestión de la expresión adecuada para el discurso convincente y literario anunciara la famosa doctrina de justo medio, habría que resaltar que la medida en cuestión no sería reductible a arte ni a regla alguna, porque según la enseñanza aristotélica propone una disposición (*héxis*) humana que modela las emociones del agente, tal como sucede con cualquier otro vehículo de su expresión, toda vez que contase actuar o decir, no solo convincentemente, atendiendo a un medio entre dos extremos (Trimpi, 1993, p. 283).

Cabe poner en juego *otra lectura* que toma por fuente un pasaje del *Gorgias* (503e). A esa altura Platón está comparando la bondad del orador con el orden que impone el fin cuando un artesano fabrica un objeto utilitario, hoy diríamos. Allí no hay cabida para azar: el fabricante encuentra en la consideración del fin el orden y la proporción que él trata de poner en su obra cuando dispone y ensambla las partes de ese todo (Racionero, 1990, p. 486, nota 25).¹⁸ Ahora bien, como dicha comparación busca representar aquella salud que en el alma se llama norma, ley, en la que los hombres encuentran justicia y moderación (504d), no nos sorprende que el argumento platónico reconozca nuevas premisas, a saber, que la excelencia de cada conjunto de partes, viviente o inanimado, se alcanza con la moderación, a costa de penar por el exceso y el efecto curativo de los castigos, y llegar al estado saludable que al comienzo se parece al orden que impera en una fabricación humana (506d, cf. 503a-4d). Y la otra premisa es que ese equilibrio anímico tiene fundamento ontológico

17 Las nociones definen lo *métrion* porque entiende que el primer *kai* es epexeagético (véase Santa Cruz, Vallejo Campos y Cordero, 1998, p. 563). Si no, lo *prépon* se entiende como lo oportuno y sería sinónimo de *métrion*.

18 Entre los antecedentes, Racionero admite, primero, “la armónica concordancia de todos los elementos que componen el discurso” (Lausberg, sec. 258), tanto de todas “las partes integrantes de la expresión consigo mismas (*prépon* interno)”, como la concordancia de “la propia expresión con las exigencias y circunstancias sociales del discurso (*prépon* externo)”. Segundo, *Retórica* III 7 retiene del *Gorgias* (503e) dos ideas: la necesaria analogía o proporción de componentes de la expresión, y la finalidad o la integración al todo como expresión adecuada que expresa en el plano extensional el *práigma*, el *éthos* y el *páthos* (1990, p. 486, nota 25).

en una igualdad geométrica, que se imparte como justicia cósmica y se traduce en el orden y la belleza del universo, sobre la base de los cuales se constituye toda convivencia y amistad entre las partes del todo, animadas e inanimadas (508a). Justamente en *Leyes* se dice que “según lo que corresponde” atiende el destino de las almas sinceras y el de las malas que descansan en regiones bien opuestas (X 903d8). Hasta aquí Aristóteles habría representado y desarrollado luego lo *prépon* propio de la moral, cuyo conocimiento específico Platón dilucidó, como vimos, bajo el modelo de la fabricación humana (*téjne*), tal como hoy vuelve a insistirse (Rapp –Flashar, Ed.–, 2002, pp. 824-825).

Por mi lado, estimo que en la presentación de *prépon* Aristóteles habría sentado posición sobre un vocablo familiar, cuya articulación en cuestiones morales habría podido estar en Platón tan bien documentada como vimos hasta aquí, pero que en *Retórica* habría tenido que ver con el sentido de lo adecuado usado para definir el discurso claro (cf. *supra* primera sección) y no tanto con el otro sentido que hemos rastreado desde la segunda sección del presente estudio. Esta “segunda” noción de lo *prépon* aparece bien atestiguada en el *Ión* (535c), en *Leyes* (669c) y en *República* (399a, 400b). En tales pasajes Platón recuerda armonías que pudieran imitar adecuada o propiamente (*prepóntos àn mimésaito*, *Rep.* 399a) voces y ritmos de acciones valientes en la guerra; en otros casos, combinar (*prosarmóttein*, *Leyes* II, 669c) melodías y movimientos femeninos con discursos masculinos, o combinar danzas de hombres libres con tiempos de esclavos. Si no, el mismo Platón reconoce el efecto poético de pronunciar quejas con lágrimas en los ojos, o el de decir algo pasmoso o temible con gesto encendido (*Ión*) (Von Koller, 1954, p. 78 y nota 43, y p. 157). Estos documentos aportan casos de adecuación o de inadecuación semejantes, hasta lexicalmente, a los que hemos visto atendidos en la presentación aristotélica de *Retórica* III 7. A juicio de ese mismo estudio sobre la *mímesis* en la antigüedad, estamos pisando una concepción pitagórica de la *mímesis* que von Koller entiende como teoría e instrucción en la expresión de gestos, emociones y modos de ser humanos (*éthe*), la cual había sido conocida en Atenas a causa de Damón de Oa, teórico de la música contemporáneo a Pericles, a quien Platón expresamente recordaba (*Rep.* 400b, entre otros). Bajo su influencia estuvieron Gorgias de Leontini y las posiciones integrantes de famosos debates acerca del origen de la cultura recreados por el *Ión* (1954, p. 145), y tuvo lugar otra discusión acerca del fin del discurso histórico en el que Polibio niega la función emotiva de la prosa

gorgiana (1954, p. 161). Según nuestra referencia, el planteo gorgiano de la retórica como medio de encantamiento y de engaño consciente vino a proponer un traslado (“Übertragung”) a géneros de escritura en prosa, como la retórica y la historia, de aquello que se había sostenido para la tragedia como ejemplo de discurso poético, lo cual llegaría a documentar además el concepto aristotélico de *kátharsis* (von Koller, 1954, p. 161 y nota 99). A la luz de esta prehistoria, señalo, como cierre, el hecho curioso de que Aristóteles entienda lo *prépon* en *Retórica* III 7 en términos de lo *análogon*, el nombre de una relación que documentan no pocas formulaciones aristotélicas sobre la *mímesis*.

Referencias

- Bailly, A. (1950). *Dictionnaire grec-français*. Paris: Hachette.
- Bonitz, H. (1961). *Index Aristotelicus*. En I. Bekker (Ed.), *Aristotelis Opera* (Vol. V). Berlin: De Gruyter.
- Cope, E. M. & Sandys, J. E. (Eds.). (1877). *The Rhetoric of Aristotle* (Vols. I-III). Cambridge: Cambridge University Press.
- Eigler, G. (Ed.). (1990). *Platon, Werke in acht Bänden; griechisch und deutsch. Text von A. Diès und Dt. Uebersetzung von F. Schleiermacher* (3ª ed.). Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft.
- Flashar, H. (Ed.). (2002). *Aristoteles Rhetorik* übersetzt und erläutert von Christof Rapp: *Aristoteles Werke in Deutscher Übersetzung* (2 Bde.). Berlin: Wissenschaftliche Buchgesellschaft.
- Halliwell, S. (1993). Style & Sense in Aristotle's *Rhetoric* Bk 3. *Revue Internationale de Philosophie*, I(184), 50-69.
- Huseman, R. C. (1970). Aristotle's Doctrine of the Mean: Implications for Rhetorical Style. *Western Speech*, 115-121.
- Kassel, R. (Ed.). (1976). *Aristotelis, Ars Rhetorica*. Berlin-N. York: De Gruyter.
- Kroll, W. (1939). Rhetorik. En *Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft Pauly-Wissowa* (Suppl. VII; cols. 1039-1085). Stuttgart: J. B. Metzler.
- Laks, A. (1994). Substitution et connaissance: una interprétation unitaire (ou presque) de la théorie aristotélicienne de la métaphore. En D. Furley & D. Nehamas (Eds.), *Aristotle's Rhetoric*.

Philosophical Essays (pp. 283-305). Princeton: Princeton University Press.

Morpurgo-Tagliabue, G. (1967). *Lingüística e Stilistica di Aristotele*. Roma: Edizioni dell'Ateneo.

Racionero, Q. (Trad.). (1990). *Aristóteles. Retórica*. Madrid: Gredos.

Ricoeur, P. (1980). Primer estudio: Entre retórica y poética: Aristóteles (Trad. Agustín Neira). En

La metáfora viva (pp. 13-71). Madrid: Ediciones Europa. (Reimpreso: Oksenberg Rorty, A., Ed., 1996, Berkeley-London: Univ. of California Press, pp. 324-384).

Santa Cruz, M. I., Vallejo Campos, A. y Cordero, N. L. (Trads.). (1998). *Platón. Diálogos. Parménides, Teeteto, Sofista, Político* (Tomo V). Madrid: Gredos.

Trimpi, W. (1993). Decorum. En A. Prentinger & T. V. F. Bragan (Eds.), *The New Princeton Encyclopedia of Poetry and Poetics* (pp. 282-283). Princeton: Princeton University Press.

Verdenius, W. J. (1983). The Principles of Greek Literary Criticism. *Mnemosyne*, XXXVI(1-2), 14-

59.

Von Koller, H. (1954). *Mimesis in der Antike. Nachahmung, Darstellung, Ausdruck*. Bern: A. J.

Francke.